

[4]

No soy un hombre joven, y sé que el gobierno siempre se ha preocupado por estas islas

Me llamo Alvaro Antonio Archbold Manuel y naci en San Andrés, en 1919. Mi vida se compaginó con la historia de estas islas. Mi papá era de Providencia y mi mamá de San Andrés, igual que mis abuelos maternos. Estudié medicina en Cartagena. En 1954, fui elegido al concejo municipal. Entré a la Cámara de Representantes del 74 al 78, fecha que coincidió con el desmonte del Frente Nacional y de la paridad. Luego volví a la Cámara, de 1986 a 1990, con Kent Francis como suplente. Creo no haber defraudado a mi pueblo. Años atrás la política era completamente distinta. Los concejales no tenían sueldo. Yo tampoco me enriquecí. Al entrar a la política aspiraba a servir a las islas. En mi actividad política siempre tuve como lemas la educación y la salud, que marchan paralelamente.

No tuve la fortuna de conocer a mi padre porque murió poco después de que yo naci. Desde temprana edad tuve que trabajar porque nací en una familia muy humilde. Dependí durante mucho tiempo de mi bisabuela pero, después de cierta edad, ella ya no me podía sostener y de niño tuve que buscar con qué vivir. Desde que nací, Dios ha estado conmigo y me ha patrocinado.

Fui uno de los primeros alumnos del colegio Bolivariano cuando éste inició sus labores en 1933. Su primer director, José Alberto Munévar, se casó con Rosita Lynton, una sanandresana. Yo trabajaba con ellos pues necesitaban alguien que los acompañara y les hiciera las compras. Estando con ellos, ese matrimonio me cogió mucho cariño. Había una beca que tenía que ser otorgada por concurso para ir a estudiar el bachillerato a Cartagena. Un muchacho Castro tenía todas las

**joven, y sé
empre
por estas islas**

de ganar y pensé que no valía la pena presentarme, pero ellos me alentaron a concursar. Dos o tres días antes, mi contendor sufrió un percance y por sustracción de materia conseguí esa beca. Le dije a mi mamá que me iba y ella se sorprendió con la noticia. Aunque el viaje era en goleta y duraba nueve días, eso no me hacía cambiar de idea. Como la Universidad de Cartagena tenía su bachillerato, allí estudié seis años. Al terminar regresé a San Andrés, a pesar de que era un año difícil pues por la Segunda Guerra Mundial hundían muchos barcos y perdimos mucha gente.

Pensé que no podía seguir la carrera. Pero el señor Munévar regresó de Cartagena y antes de saludar a su mujer que ya estaba allá, me dijo: "si yo tuviera dinero usted no se quedaría sin estudiar". Como era director del colegio Bolivariano me hizo subdirector en 1942. El me ahorraba mis centavitos y así pude viajar ese mismo año de nuevo a Cartagena aunque aún hundían muchos barcos. Munévar me dijo que si no entraba en la Universidad, él me guardaría mi puesto. Pero yo no hubiera podido regresar con esa vergüenza. Pasé el examen e inicié mis estudios, los que terminé en 1949. Hice la medicatura rural aunque, como era el año en que se implantaba, nos daban la opción de hacerla o salir. Yo resolví quedarme en el hospital de Santa Clara mientras preparaba mi tesis. Munévar estuvo en mi grado con enorme satisfacción.

Dos meses antes de graduarme me había casado con una cartagenera, Ofelia Núñez, con quien compartí casi cincuenta años de vida matrimonial. Fue

un infortunio perder a mi esposa hace tres años. Tuvimos cinco hijos, la mayor nutricionista, el segundo abogado, el tercero médico, el cuarto historiador y el menor terminó el bachillerato.

El médico y el político

Me gradué como médico el 21 de octubre de 1950. Podía quedarme a ejercer mi carrera en Cartagena pues allá nunca encontré resistencia sino cariño, y no solo en Cartagena sino en Barranquilla y Bogotá. Pero resolví venirme a mi isla. En ese entonces ejercer la profesión era duro. Uno tenía que hacer todo a domicilio. En el campo de la maternidad, que fue el que abarqué, más que en cualquier otro. Mis coterráneos han sido refractarios al hospital.

En esas visitas a las casas la gente me preguntaba por qué no me interesaba en la política, si así podía servir más a mi pueblo. Esa no era mi idea. Munévar, a pesar de ser conservador, nunca me influenció en nada político. Cuando estaba en Cartagena, a mí me había gustado Jorge Eliécer Gaitán y voté por él en la disputa con Gabriel Turbay. Al llegar a San Andrés con mi diploma encontré un grupo de liberales y empecé cargando ladrillos. En 1954, fui elegido al concejo municipal. La Constitución de 1886 decía que se podía tener representante en poblaciones de más de 50.000 habitantes, pero la reforma de 1968 estableció un representante para San Andrés. Por eso, en 1970, Adalberto Gallardo que representaba el partido conservador, y William Francis que representaba al rojismo, se disputaron esa representación. Yo entré a la Cámara de Representantes del 74 al 78, fecha que coincidió con el desmonte del Frente Nacional y de la paridad. Entonces vino el relevo a todo nivel. Para 1978-82 perdí en Providencia y gané en San Andrés. Luego volví a la Cámara, de 1986 a 1990, con Kent Francis como suplente. Siempre, como debe ser, le di al suplente el espacio que le correspondía para que también ejerciera la representación. Debo anotar que antes de que tuviéramos representación en el parlamento venían los congresistas y teníamos amigos que velaban por la isla.

Desde entonces combiné las dos cosas, la medicina y la política. A mí a cualquier hora me llamaban a atender un parto. Creo no haber defraudado a

mi pueblo. Al entrar a la política aspiraba a servir a las islas. No me enriquecí. Mi única carta de presentación, la que me abría puertas, era que representaba a San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Fueran gobiernos liberales o conservadores siempre se han preocupado por las islas. Las han tenido como algo especial, excepcional.

En mi actividad política siempre tuve como lemas la educación y la salud, que marchan paralelamente. Al parlamento fui con esa idea. Quise hacer algo por la juventud, por el deporte, y todavía sueño con hacer algo al respecto. Los auxilios parlamentarios los gasté en apoyo a los colegios, las iglesias, en becas para que muchos jóvenes se hicieran profesionales, en hacer un parque. El día de su inauguración vinieron muchos congresistas. Una noche viendo a los jóvenes hacer deporte allí, una señora se me acercó y me dijo: ¿dónde estuvieran esos muchachos si no estuvieran allí? Desafortunadamente, ningún gobernante local se ha interesado por mantenerlo. Me propuse también buscar un sitio adecuado para la atención de la madre y el infante e inicié la construcción de la clínica materno-infantil con los auxilios que pude conseguir, pero sus seis pisos no se han podido terminar ni colocar sus sesenta camas. En ocho años he tocado muchas puertas y cuanto centavo recogemos lo hemos ido invirtiendo. Pero la politiquería no ha dejado que los gobernadores se comprometan. El día que vea cristalizada esa obra, diré: Dios, ayúdame que ya acabé.

Un día me llamó el padre Giraldo de la Javeriana y me pidió cita para decirme: "usted es representante no sólo del archipiélago sino de toda Colombia, por eso le pido que presente un proyecto para el reconocimiento de la carrera de nutrición y dietética". Yo lo hice asesorado por mi hija, que estaba en esa área. Otro proyecto que logré, fue la exención de impuestos para los hoteleros por veinte años. El ponente de la Cámara me había modificado el proyecto y lo había dejado sólo para los que fueran a abrir nuevos hoteles, pero logré en el Senado que se dejara para todos los hoteles, incluidos los que ya estaban funcionando. No es por pasarles cuenta de cobro porque lo que hice era mi labor, pero pedí a los hoteleros ayuda para el hospital y me hicieron un pequeño homenaje pero no me han dado el apoyo esperado.

Los problemas de las islas

Con el incendio de la casona intendencial, la notaría y la oficina de registro, que quedaba donde ahora está el parque Bolívar, mucha gente perdió terrenos. El gobierno estableció cinco años para poner en orden la situación, pero mi gente se descuidó. Hubo una y otra prórroga y hasta hoy muchos no han legalizado sus terrenos. Y más bien los han ido perdiendo.

Años atrás la política era completamente distinta. En esa época los concejales no tenían sueldo, y eran las gentes más prestantes las que se ufaban de llegar a esos puestos a trabajar, con la única satisfacción de haber logrado aprobar o conseguir una cosa benéfica para el pueblo. No ganaban nada para cada uno. El intendente y el alcalde eran nombrados. Antes de que cambiara el sistema electoral había unión entre liberales y conservadores que tomaban del mismo vaso. Ganaba uno u otro y luego se hacia una celebración. ¡Qué tiempo tan bonito ese!

El general Gustavo Rojas Pinilla tenía buenas ideas pero no se llevó a cabo lo que el pensaba. La gente que llegó a la isla cuando comenzó el puerto libre era buena. La que llegó después era de todas las calañas, pues algunos de los que aún están en la política trajeron gente para que votara. Hasta ese momento no había compraventa de votos. Nadie daba dinero para llegar a una corporación pública. Luego, eso se empezó a hacer incluso con la complacencia de las autoridades. Ese clientelismo ha hecho mucho daño en el archipiélago. El voto no tiene precio. A mí me perjudicó el clientelismo. La gente de bien comenzó a perder poder. Cuando yo fui a la Cámara la gente me apoyaba y no había un gran gasto de dinero.

Habría que concientizar al pueblo sobre los males que trae el clientelismo, sería necesario decirle que no es la mejor forma de elegir a sus gobernantes y a sus representantes, y habría que estudiar las hojas de vida de los que se van a elegir en todos los cargos. Si un político no llena los requisitos necesarios para desempeñar un cargo, el pueblo debe saberlo.

Yo estaba alejado ya cuando se dice que el narcotráfico penetró la política. No conozco qué

pasó. Oí comentarios y saco como conclusión que sí afectó a las islas. Subieron los costos de la tierra hasta el cielo. Si el terreno valía un millón ellos pagaban veinte. Con el combate al narcotráfico ha bajado esa sobrevaluación. En este momento, por el contrario, no hay quien compre.

Otro grave problema es el de la sobre población. Uno como médico ve la miseria, los problemas sanitarios que afectan especialmente a los niños, los problemas de servicios y ambientales que se agravan con la sobre población. Hay que ver cómo se puede combatir. El último censo no está acorde con el número de habitantes, porque la gente se escondió. Creían que los iban a sacar. Hay que estudiar formas de reubicar la población.

La tensión entre la asamblea y la gobernación

Esta asamblea departamental no se ha portado bien. No ha querido entender que no es gobierno sino que debe haber colaboración entre ejecutivo y legislativo para coadyuvar en la solución de los problemas. Esa es la dificultad que ha tenido Ralph Newball. Por eso no se ha invertido el dinero para obras de infraestructura. La administración necesita de la asamblea para poder cumplir con sus funciones de gobierno. Pero el dilatar las decisiones perjudica a todo el archipiélago. Si no hay diálogo no hay nada.

Eso no era así antes, cuando no era departamento. Antes de que la ley I de 1972 suprimiera al municipio, había diferencias, pero la gente era consciente y en los momentos críticos era capaz de llegar a acuerdos. Los diputados deberían ponerse la mano en el pecho, considerar que si están en San Andrés hay que buscar soluciones.

Yo le sugerí al Dr. Ralph Newball que le hablara a la población porque a nuestra gente le gusta que le informen. Le aconsejé que no se metiera en nada radical, pues el radicalismo nada bueno trae. El es una persona seria y honesta, que está buscando el mayor bienestar para nuestra gente. Pero encontró la gobernación en una crisis económica bastante profunda, con un gran endeudamiento. Y crisis económica genera crisis social. El estaba haciendo el mayor esfuerzo para sacar al archipiélago de esa situación, uno le ve el interés.

El problema es que falta mucha colaboración dentro de algunos que están al lado de él. Como están las cosas debería hacer un reajuste y una reestructuración administrativa. Debe, además, tener muy en cuenta que el no es el gobernante de un grupo sino de todo el departamento. Incluso de los que no votaron por él. Debería buscar una unidad entre el grupo raizal y los continentales pues estamos hablando entre colombianos.

Pienso que el gobierno nacional siempre ha velado por San Andrés, téngalo usted por seguro. No soy un hombre joven, y se que el gobierno siempre se ha preocupado por estas islas. No todas las administraciones fueron malas. Hubo administraciones buenas. Los hechos hablan. Mandaban recursos, atendían las necesidades y solicitudes.

Las reivindicaciones raizales

Hay un grupo raizal que no está de acuerdo con el gobierno nacional. Algunos piensan que se trata de un movimiento separatista. No es así, el isleño no está pensando eso. Si mucho, un 5% de la población piensa así. Claro, como pasa dentro de *una familia, hay disgustos. Yo veo que el gobierno* nacional, a pesar de todo, no está tomando represalias, sigue mandando recursos, mandando comisiones. A pesar de que no lo reciben bien, el presidente vuelve. No hay otro país, así sea el más grande del mundo y el que tenga más

fortaleza, que nos pueda dar la libertad que nos ha dado nuestro gobierno. Ni Inglaterra, que tenía colonias y protectorados, ni Estados Unidos nos daría el mismo trato.

La demanda de Nicaragua

Frente a la demanda de Nicaragua, el pueblo isleño está a favor de nuestro país. Sabe que esto es Colombia, que esto no es otro país. Las gentes en San Andrés, Providencia, Santa Catalina se sienten colombianos. Si Colombia está en problemas, ¿cómo los isleños no vamos a defender ese tricolor nacional? La historia lo dice, siempre ha sido así. Fuimos al congreso de Cúcuta, en el conflicto con el Perú fuimos los primeros en defenderla. Antes que quitarnos territorio, Colombia más bien ha perdido territorio, como pasó con Panamá o en el conflicto con el Perú. He hablado con políticos y altos funcionarios, que no han podido convencerme que no se perdió territorio en esa figura geométrica del trapecio amazónico. Lo mismo sucedió con la costa de la Mosquitia, que era de la Gran Colombia.

Quiero ser muy claro, el tratado Bárcenas-Esguerra, de 1928, no tiene cómo ser echado atrás. Aquí nadie apoyaría a Nicaragua, está peor que nosotros. En lugar de una demanda, que genera gastos de millones dólares, deberían invertir en lo que necesita su pueblo.